

LA HIGIENE COMO POLÍTICA
BARRIOS OBREROS Y DISPOSITIVO HIGIÉNICO:
BOGOTÁ Y MEDELLÍN A COMIENZOS DEL SIGLO XX¹

Carlos Ernesto Noguera R.
Candidato a Magister en Historia
Universidad Nacional de Colombia
Vicepresidente Asociación Colombiana
de Historiadores de la Educación

Quizá el título de este artículo hubiese podido hacer referencia a las “políticas higiénicas” del período. La opción en este caso no ha sido azarosa: se quiere afirmar el carácter político de unos saberes y unas prácticas y, por ello, se habla de la higiene como política, es decir, como dispositivo de poder, como mecanismo de control y gestión social.

En esta perspectiva, dos aspectos se destacan en lo que podríamos denominar el **dispositivo higiénico**:² la readecuación del espacio urbano (particularmente la construcción de los llamados “barrios obreros”), y el intento de conversión de la institución escolar en una especie de invernadero para el “cultivo de las tiernas plantas infantiles”. En estas dos direcciones se dirigieron los principales intentos de higienización de la población pobre del país durante las décadas de 1920 y 1930.

¹ El presente artículo forma parte de un trabajo de investigación titulado “La medicina y la cuestión social. La politización de la medicina o la medicalización de la política en Colombia (1900-1940)”

² La idea de pensar el problema de la higiene a comienzos de siglo como un “dispositivo”, sugiere que las medidas higiénicas implementadas por la época constituyeron una red de discursos y prácticas que se fueron tejiendo sobre la población, principalmente la población más pobre, y en particular la niñez, con el propósito, antes que del mejoramiento de las

La higiene como política

En tanto dispositivo de poder, la higiene no puede adscribirse a ningún partido político o corriente ideológica en particular. La puesta en marcha del dispositivo higiénico tuvo que ver con acontecimientos de diversos órdenes: de una parte, en el orden del saber, el lugar cada vez más importante que desde la segunda mitad del siglo XIX ocupa la higiene dentro de las reflexiones sobre la ciudad y la sociedad en general; de otra parte, en el terreno de las prácticas sociales, las diversas medidas higiénicas que comienzan a adoptarse, desde la última década del siglo XIX, en relación con las mejoras públicas y ornato de las ciudades, el saneamiento del espacio urbano (habitaciones, calles, acueducto, alcantarillado) y la higiene personal (baño diario, aseo de ropa, alimentación, etc.).

Amparada en su carácter “científico”, ligada estrechamente al ejercicio de la medicina y, por tanto, al control de la salud y la enfermedad, es decir, al control de la vida y de la muerte, la higiene se fue posicionando como un saber particularmente necesario e imprescindible para el gobierno de la población. Pero si en Francia y otros países de Europa el proceso se había iniciado entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, en Colombia la “cruzada higiénica” se inicia un siglo después con características muy similares. En particular en lo que tiene que ver con el “saneamiento” de los sectores pobres de la ciudad, su reacomodamiento (expulsión del centro de la ciudad y de ciertos lugares que se dedicarán a la construcción de parques, bulevares, avenidas, etc.) y la construcción de “barrios obreros” y “ciudades jardín” para empleados.³

Desde un cierto “optimismo pedagógico”, desde una confianza plena en las posibilidades de la educación, motivadas sin lugar a dudas por los novedosos planteamientos del movimiento de Educación Nueva y Escuela Activa, y bajo la convicción de que

“... la educación, suma de gestiones sucesivas, es tan poderosa y cambia tan radicalmente la personalidad primitiva, oponiéndose y anulando a esa otra fuerza invencible en apariencia, la herencia; la transforma tanto hasta hacer de seres inútiles, otros seres buenos y dignos”,⁴

condiciones de vida, de su control y gobierno. Dicho en otras palabras, pensar la higiene como dispositivo implica reconocerle un papel más allá (o más acá) de la obvia necesidad que tendría toda sociedad de preservar y promover la salud de la población. Implica, entonces, dos presupuestos generales: en primer lugar, el reconocimiento de la aparición de la preocupación por el cuerpo y la salud de la población como un problema propio del siglo XX en nuestro país; en segundo lugar, el análisis de tal preocupación como un problema propiamente político, es decir, como un problema para el control y gobierno de la población.

³ Al respecto ver, Jacques Donzelot, *La policía de las familias*. Valencia: Pre-Textos, 1979.

⁴ Laurentino Muñoz, *La Tragedia biológica del pueblo colombiano*. Cali, Editorial América, 1935, p. 26.

la solución fue tomando el camino de una gran cruzada por la “redención del tesoro racial”:

“Preocúpese un hombre o una categoría de hombres superiores, por salvar al individuo de la ruina fisiológica, fortalézcalo en el trabajo, ayúdele en la defensa de su organismo, forme un material humano exento de endemias tropicales, edúquelo en la escuela, ármelo en la hábito de la acción, en una palabra, déle vida, y entonces tendremos una nacionalidad sin flaquezas, rica en la mente, fuerte en el brazo luchador, con ánimo para las conquistas de las razas disciplinadas y cultas, y veremos cómo desaparece la influencia desfavorable del trópico que es útil analizar para no hablar en abstracto de ella y primero que todo no confundirla con la decadencia o la mediocridad del conglomerado, producidas por la enfermedad, el vicio, la ineducación”.⁵

Bajo el presupuesto de que “...ese factor, ese elemento humano puede obtenerse con higiene, con educación, con protección y dirección del Estado”,⁶ la nueva estrategia política funcionó entonces a la manera de un complejo dispositivo de higienización desplegado en el campo social a través de varios escenarios entre los cuales sobresalieron la escuela y el barrio obrero. La primera apuntó hacia la población infantil, reserva de la patria, futuro y esperanza de la nación; la segunda, hacia la familia obrera en general, pero particularmente hacia la mujer, nuevo símbolo de la restauración moral del pueblo. Así, entre la escuela y el barrio obrero, los intelectuales del nuevo siglo apostaron a la transformación del país, pusieron en juego sus aspiraciones de modernidad, cifraron sus esperanzas en el tan anhelado y esquivo progreso.

Las escuelas y los barrios obreros⁷ fueron entonces diseñados por médicos, ingenieros sanitarios y urbanistas como máquinas higiénicas. La infancia encontraría en la escuela el ambiente propicio para un cultivo

⁵ *Ibid*, p. 34.

⁶ *Ibid*. p. 108.

⁷ Para el lenguaje de la época el término “obrero” no designaba estrictamente aquel trabajador asalariado vinculado a los procesos productivos en fábricas y empresas. Su significado involucraba además a aquellos trabajadores independientes -artesanos, empleadas domésticas, etc.- y aún a los jornaleros agrícolas. En este sentido, la definición de obrero propuesta por Mauricio Archila recoge en esencia la amplitud significativa dada al término durante las primeras décadas del siglo XX: “Por el concepto de obreros entendemos a todos aquellos trabajadores, del campo o de la ciudad, que laboran directamente los medios de producción y que dependen básicamente de un salario para reproducirse. En esta definición caben desde los asalariados de los talleres artesanales —históricamente los primeros en ser designados como ‘obreros’—, hasta los jornaleros agrícolas, pasando por los trabajadores manufactureros, los de los medios de transportes y de la minería”. Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*, Bogotá, CINEP, 1991, p. 17.

adecuado; fue pensada como un invernadero, como un sanatorio, alrededor del cual giraron múltiples instituciones que buscaron la redención fisiológica infantil: roperos escolares, restaurantes escolares, colonias de vacaciones, Cruz Roja infantil, grupos de boys scouts. A su vez, el obrero encontraría en la nueva habitación higiénica del barrio obrero, el verdadero hogar que lo alejaría por fin de la taberna, del vicio, del alcohol; todo ello, propiciado por el nuevo papel que le fue encomendado a la mujer de los sectores populares: convertirse en madre y esposa, y transformar su vivienda miserable y antihigiénica en un hogar.

Los “barrios obreros”: educar para vivir en familia

“... Constrúyanse al obrero casas limpias y alegres, donde circule el aire puro, donde goce de alguna holgura, donde tenga agua abundante y espacios para recrearse, y de seguro que cada vez frecuentará menos las tabernas, porque allí se sentirá bien, viendo su esposa robusta, sus hijos respirando salud, y su propio organismo fuerte y vigoroso.

En un tal medio los afectos de familia se intensificarán, porque su casa, en vez de repelente, le atraerá; los instintos y sentimientos se modificarán, haciéndose dulces y bondadosos, y la fe y el entusiasmo en el trabajo renacerán, haciendo dar a aquél ser, condenado antes a la degradación y a la miseria, un máximo de rendimiento inapreciable para la colectividad.”

Camilo Tavera Z. Habitaciones Obreras en Bogotá, 1922.

Tales fueron los atributos otorgados a las viviendas obreras higiénicas. Su espacio, su ventilación e iluminación, su distribución, todo contribuiría a modificar las formas de vida del pueblo. Mientras la ciudad moderna con sus amplias calles y avenidas, parques, plazas y edificios despertaba ese “sentimiento de lo sublime”, la habitación obrera higiénica debía intensificar los afectos de familia; aún más, debía construir la familia. Había en estas ideas una especie de determinismo geográfico, una exaltación de las posibilidades del medio, del espacio para la transformación de hábitos y la creación de nuevas formas de actuar, sentir, pensar. Pero si un espacio determinado transformaba, otro habría formado: las viviendas populares con su desaseo, su promiscuidad, su oscuridad, su estrechez, constituyeron aquellos individuos perezosos, débiles, atrapados en el vicio del alcohol, en fin, ineptos para el trabajo, para vivir y habitar la nueva ciudad.

Tanto médicos como ingenieros, principales representantes de las ideas modernas, coincidían en señalar que

“[...] un ambiente de esa clase; un ambiente mefítico y de obligada promiscuidad, tiene que influir en la formación del carácter, en las relaciones de familia, en los atributos biológicos de la raza, en la conciencia moral”.⁸

Bajo la idea de que un espacio material higiénico se reflejaría en la conciencia del obrero, reproduciendo a su vez un espacio psicológico y social moralizado, médicos e ingenieros sanitarios se dieron a la tarea de incitar a la alta sociedad y las autoridades gubernamentales a la construcción de viviendas obreras.

Dado que el problema moral estaba íntimamente ligado con el consumo de alcohol, hecho muy frecuente dentro de los sectores populares, la habitación obrera se erigió como un espacio que buscaba disputarle el tiempo libre del obrero a la taberna:

“Lo que saca al obrero de la casa para botarlo a la taberna, es el horror de un alojamiento asqueroso a donde debe vivir por culpa de una sociedad indiferente. Dadle una casa sana y alegre y se quedará en ella, la amará, la adorará, se apegará.”⁹

Se trataba de retener al obrero en su casa, y para ello nada mejor que un ambiente acogedor:

“Los atractivos de una casa alegre y cómoda, retienen al trabajador, fatigado por la tarea cotidiana; y ese hogar amable en donde encuentra amplia compensación a sus inquietudes, le sirve de escudo contra las seducciones de fuera.”¹⁰

De esta manera, además de higienizar fisiológicamente la familia obrera -ofreciendo luz y ventilación, evitando la promiscuidad por medio de espacios separados, dotándola de agua potable y retretes- la construcción de una habitación obrera higiénica se planteaba como un mecanismo para higienizar las familias “moralmente” mediante la creación del hogar. No fue sólo un sentimiento “cristiano” el que orientó tales reflexiones; una racionalidad económica estaba en el centro de la propuesta de construcción del hogar obrero, pues como decía el ingeniero Vergara y Vergara,

“el abandono del hogar tiene consecuencias más graves: la generación que se levanta, formada en la miseria y el vicio, y que ha heredado las predisposiciones

⁸ *Idem.*

⁹ Alberto Borda Tanco, *Ingeniería Sanitaria*, Bogotá, (1920?), p. 114. s.p.i.

¹⁰ Julio Vergara y Vergara, “Habitaciones obreras, edificios escolares y hospitales”, en *Anuario de la Facultad de Matemáticas e Ingeniería*, Bogotá, Vol. III, 1919, p. 128.

La higiene como política

morbosas del alcoholismo, será luego el azote de la sociedad, y costará al Estado ingentes sumas en hospicios, hospitales, asilos y cárceles.”¹¹

Esta utilidad económica de la consolidación del hogar obrero se encontraba, además, asociada a una utilidad social, pues

“el arreglo del hogar familiar, íntimo, debe, con mayor razón, iluminarle [al obrero] las horas de reposo y de libertad; este ambiente dulce y calmado modificará a menudo los pensamientos de odio y de amargura que puede causar la disparidad inevitable de clases y de castas.”¹²

Atrincherados en estas ideas, un grupo de profesionales de esas clases elevadas de la pirámide social, emprendió una amplísima labor de fomento a la construcción de barrios obreros, higiénicos y habilitados según las últimas técnicas del urbanismo moderno. Así, hacia los años treinta del siglo XX, en amplios terrenos de Bogotá y Medellín, fueron apareciendo conjuntos de casitas uniformes, con calles rectas bien delineadas, parquecitos, iglesia y escuela, fenómeno completamente nuevo en el paisaje urbano.

Desde luego, este fenómeno no logró alcanzar dimensiones masivas, pues la mayoría de los nuevos barrios obreros se fueron construyendo por iniciativa de particulares que loteaban sus terrenos, o construían atentos más a su bolsillo que a las técnicas y requisitos de urbanización. El objetivo, sin embargo, es centrarnos principalmente en la obra adelantada por los municipios de Bogotá y Medellín, pues allí se expresa de manera más precisa la intención educativa y formativa que tuvo la empresa de construcción de viviendas obreras.

Del Paseo Bolívar a Villa Javier: entre el cielo y la tierra

Las permanentes descripciones que realizan médicos e ingenieros sanitarios de la infraestructura urbana, dejan al descubierto las extremas condiciones de insalubridad y promiscuidad en las que vivía la mayor parte de la población urbana en las denominadas habitaciones obreras. El sacerdote jesuita Carlos Alberto Lleras Acosta, en una conferencia pronunciada en la iglesia de San Ignacio frente a un “selecto auditorio de caballeros y damas” de la alta sociedad bogotana, describía en los siguientes términos una típica habitación obrera:

“En un ángulo cuatro ennegrecidas piedras que sirven de fogón, donde no se hace fuego sino de tarde en tarde; más allá un miserable camastro cubierto con

¹¹ *Ibid*, p. 129.

¹² Alberto Borda Tanco, *op. cit.*, p. 114.